EL HUANAKAURI

escrito y publicado en Montevideo, el año mil novecientos diez y siete de la Era Vulgar y cuatrocientos veinticinco del descubrimiento de América, por

A. ZUM FELDE

MAXIMINO GARCÍA, Editor
MONTEVIDEO

Imp. "El Siglo Ilustrado", San José, 938

INVOCACION

I

Hombres de Sudamérica, hombres del Norte y del Sur, hombres del Este y del Oeste; hombres que habitáis la cuenca vasta y convivial del Plata, de azul estuario abierto hacia el antiguo Mundo, donde la vida de las viejas Naciones se vierte en oleadas de renovación;—hombres que habitáis las tierras costeñas del Pacífico y los altos valles de los Andes, donde los ríos arrastran granos de oro, donde aún vive la historia de los indianos Imperios desvanecidos, y está impresa en la piedra y en la carne la Epopeya de la Conquista; — hombres que habitáis las comarcas tropicales del Marañón y del Magdalena, en cuyos bosques y praderas vírgenes, se multiplican en orgía de formas, de colores, de aromas, de músicas, de ambrosías, la fauna y la flora más espléndidas del Planeta;—hombres que habitáis las ciudades promiscuas del Atlántico y las internas tierras del Brasil, abundosas en frutos y en diamantes; — y vosotros también, los que habitáis más allá del Istmo, en torno de los lagos de Nicaragua y de los montes de la Guatemala; — y vosotros, los que habitáis

aún más allá, la gran meseta histórica de Anahuak, rica en metales, que guardan, númenes eternos, el Cicohuatl y el Popocatepetl; — oid la Palabra, que es dicha para vosotros.

II

Argentinos de la gran Renovación, Chilenos de la enérgica voluntad; Peruanos del señoril linaje; Uruguayos de la fraternal sencillez; Colombianos de la docta hidalguía; Venezolanos del bizarro nacionalismo; Bolivianos de la ardiente aspiración; Brasileños de la pródiga riqueza; Ecuatorianos de la dura altivez; Paraguayos de la dolorosa historia; y vosotros también, que estáis más allá del Istmo, Centroaméricos, gentiles amadores de la Poesía; Mexicanos de la heroica tradición, que formáis la avanzada en el continente nórdico del gran Pueblo de la América Austral ante el solio de hierro de Manathán; — oid la palabra, que es dicha para vosotros.

III

Vosotros todos, hombres de la América Austrál, oid las palabras que han sido escritas para vosotros. Para vosotros solamente han sido escritas estas palabras y para nadie más que para vosotros. Ni a los hombres de Manathán; ni a los hombres de Europa, ni a los hombres de Asia va dirigida esta Palabra. A vosotros solamente va dirigida — hombres de la América Austral — sólo atañe a vosotros.

IV

A vosotros todos atañe esta Palabra, sin distingo de nación ni procedencia, por encima de las divisiones de estados, por encima de las fronteras de los países; — a vosotros todos, por encima de las rivalidades y las querellas internacionales, por encima de las variantes que el proceso social ha dado a cada Pueblo, a vosotros todos, en el plano de idealidad donde un mismo origen y un común destino, identifican los diversos pueblos en una sola conciencia histórica, y donde iguales necesidades e iguales anhelos, integran todas las ciudadanías políticas en la gran ciudadanía moral del Continente.

Jornada Primera

I

Este es el Huanakauri. Su nombre es su clave. Del fondo enorme y vago de los siglos llega este nombre hasta nosotros. De la América autóctona, velada por una bruma de oro, llega hasta nosotros este Mito, para dar nombre y significación al Libro que ha surgido de la entraña mística del Continente, al Libro que es la Voz de su más profundo Anhelo, al Libro que es la afirmación absoluta de su Destino.

Porque este Libro, surgido de la entraña del Continente, es el grito de su más alta Aspiración y la afirmación absoluta de su Destino. La voluntad de ser de Sudamérica ha engendrado este Libro.

II

Este es el Huanakauri. Y este es el sentido de su nombre: Manco Kapac, el Inka de los Inkas, por mandato del Sol sale de la sagrada Isla donde naciera y va a civilizar los pueblos de los Andes. Lleva en su mano mágica vara de oro. Id — dícele

el Sol, su Padre — adonde el sentido os lleve; y en todo lugar donde os detengáis para descansar, entregaros al sueño o calmar vuestra sed, elavad en tierra esta vara de oro; y en el lugar en que ella se hunda en tierra y desaparezca fijaréis vuestra morada y fundaréis vuestro trono, porque allí estará el pueblo que debéis conquistar y cuyos destinos regiréis.

III

Días y noches, bajo soles y lunas, por montañas y valles, por pueblos y soledades, camina Manco Kapac, el Inka de los Inkas, hasta que un día hacia el amanecer, al llegar a la cumbre del Huanakauri, la vara de oro se hunde y desaparece en la tierra. He aquí el lugar — dice el Hijo del Sol — donde debo fijar mi morada. Y descendiendo al valle, funda el Kuzco.

IV

Este es el Huanakauri. He aquí el lugar de nuestro destino; he aquí donde vamos a fundar nuestro Reino; he aquí donde levantaremos nuestra Ciudad y nuestro Trono.

Hemos salido — peregrinos de Dios — en busca de nuestro destino. Hemos andado bajo los soles del Mediodía y bajo las estrellas de la Medianoche, con anhelo, con coraje, con fatiga, con imperturbable esperanza. Hemos atravesado valles de encanto y desoladas punas, húmedos desfiladeros de pesadilla y penumbrosas selvas resonantes,

simas vertiginosas y cumbres inmaculadas, albas deslumbradoras y opacas nieblas, pueblos de todas layas y soledades que señorean las fieras, y hemos llegado al punto en que se nos revela nuestro Destino: La vara de oro se ha hundido en la tierra. ¡Aquí es! ¡Aquí es! Aquí están nuestra misión y nuestra labor. Aquí está nuestro campo de batalla y de siembra.

V

Yo llamo a este Libro Huanakauri, porque él es verdaderamente el término de un peregrinaje espiritual y la revelación de un Destino.

Largo y angustioso ha sido este peregrinaje — os lo juro, mis bravos compañeros. — Poseído de la inquietud sin sosiego y del áspero descontento de quien va a un fin sin saberlo, de quien debe cumplir algo aún a pesar suyo, yo no he podido morar ni detenerme más de una noche en sitio alguno, ni creer en ningún dios, ni acatar ninguna Ley, ni entregarme a ninguna Doctrina, ni sentir ningún Amor. Y a la entrada de las Ciudades donde he llegado, y junto al templo de cada Dios, y al pie del solio de cada Ley, y frente a la cátedra de cada Doctrina, y a la puerta de cada Amor, he clavado en tierra mi vara de oro para ver si se hundía en ella: pero la vara permanecía clavada. Mas al llegar al punto en que se levanta este Libro, — conforme al Mito opónimo — la vara se hundió de súbito y para siempre.

VI

Este es el Huanakauri; fin del peregrinaje, comienzo de la lucha y de la labor. Nada ha terminado en verdad, todo comienza. Nuestro Día se levanta.

Porque nuestro camino estaba oculto en la Noche y el Día viene a manifestárnoslo; porque nuestro destino estaba oculto en la Noche y el Día viene a mostrárnoslo.

Nuestro destino dormía oculto en el seno de la Noche como el feto en el seno materno. Amorosa e insondable lo guardaba en su seno la Noche, la Noche sagrada y genésica de donde venimos. Helo aquí.

VII

Este es el Huanakauri: punto de llegada y punto de partida. Comienzo, no fin; iniciación, no término; mañana, no tarde; lucha, no descanso; labor, no disfrute.

Este el punto desde donde se abarcan los horizontes y los caminos, o donde el ojo se esfuerza por ver los caminos y los horizontes, que únicamente desde aquí pueden ser vistos.

Este el punto donde se despierta el Anhelo, donde se afirma la Voluntad de emprender y de crear, donde se quiere comenzar la conquista de algo, donde se empieza a ser.

Afirmación de un Destino, imposición de un Deber, comienzo de una existencia nueva: esto es el Huanakauri.

VIII

Cuando yo hube llegado al punto en que se levanta este Libro, cuando, de pie en su altura, miré allá abajo, a lo lejos, a lo ancho de los horizontes, el campo de nuestro Destino, tuve una visión colosal y fulmínea, semejante a una gran ciudad desconocida vista un instante a la claridad de los relámpagos.

Eran torres de eminente altura, cúpulas vastas como cráneos de una nación, columnas, frisos, arcos, pórticos, gradas, obeliscos... Eran calles, plazas, palacios, templos, fábricas, jardines, puentes, estadios, dársenas, monumentos... Eran multitudes que se movían en orgánicas confluencias como las aguas, vehículos de la tierra, de las aguas y de los aires; cortejos, fiestas, trabajos, luchas, músicas, canciones, lamentos...

IX

Nada sé de ello, sino que eran las formas de una civilización nueva, de una cultura original, de una vida potente. Y en las arquitecturas, en las decoraciones, en los trajes, en los actos, en los cantos, en las formas todas de aquella vida, creí ver como una consagración de las formas genuinas del Continente, una trasmutación inmortal de su naturaleza y de su historia en el Arte, una segunda y glorificada vida de su fauna, de su flora, de sus tierras, de sus aguas, de sus héroes, de sus leyendas, de sus tradiciones, de sus trabajos, de sus costumbres, en los monumentos, en las torres, en

los frisos, en las columnas, en las estatuas, en los vestidos, en los emblemas, en los utensilios, en las palabras... Y, por dentro de todo, invisible, incorpóreo, animador y genérico, un espíritu enérgico y profundo, un carácter autónomo e inconfundible, un sentido nuevo de la vida, una interpretación de las cosas.

X

Estamos sobre la altura del Huanakauri. Allá abajo, a lo lejos, a lo ancho de los horizontes, palpitante y desnuda se extiende bajo el alba la tierra de nuestro destino. ¿Dónde está la ciudad con sus torres, sus cúpulas, sus plazas, sus puentes, sus dársenas, sus monumentos? ¿Dónde están las multitudes que se movían, las fiestas, los trabajos, las luchas, los emblemas, las canciones, los lamentos? La fulmínea visión se ha borrado en la niebla dorada y ligera de la mañana.

Mas, he aquí ante nosotros la tierra donde el prodigio ha de realizarse, donde la promesa ha de cumplirse. ¿Quién realizará el prodigio?; ¿quién cumplirá la promesa? Nosotros realizaremos el prodigio, nosotros cumpliremos la promesa.

¡Alborozaos, amigos míos, cantad himnos al Sol, desatad vuestros oscuros vestidos, ceñid coronas, danzad en la aurora que se levanta!: somos los forjadores del Destino.

XI

Henos aquí, de pie sobre la altura, ante la vastedad de los horizontes. A nuestros pies se extiende la tierra morena y palpitante, desnuda y prolífica bajo el gozoso amanecer. Nada más que la tierra, nada más que la tierra desnuda y palpitante... ¿Veis donde se asentará nuestra ciudad? ¿Veis donde se elevarán nuestras torres y nuestras cúpulas? ¿Veis donde se perpetuarán nuestros frisos, nuestras figuras, nuestros emblemas? ¿Veis donde sonarán nuestras músicas, donde se cantarán nuestros cantos? ¿Veis donde se abrirán nuestras plazas, llenas de nuestras muchedumbres, al pie de nuestros monumentos?

¡Amigos míos, amigos míos!: en nosotros está todo eso. De nosotros surgirá todo eso.

XII

En nosotros están, íntegros y latentes, esas torres y esas cúpulas, esos frisos, esos cantos, esas estatuas, esos gestos y esas muchedumbres. Esa ciudad está en nosotros como el árbol está en la semilla, como el orbe en la Mente de su creador. En nuestra mente y en nuestra semilla están el árbol y el orbe de nuestro Destino.

Sudamérica es un gesto de nuestro brazo, una gota de nuestro semen, un pensamiento de nuestro Espíritu. Nosotros mismos somos gérmenes; nosotros mismos nos sembraremos para brotar.

XIII

Llegar al punto en que se levanta este Libro, subirse a él, encaramarse sobre él, sostenerse de pie en su piedra más alta, contra el mareo de la altura y contra el viento recio que zumba en los oídos, arrebata las palabras de la boca y nos empuja hacia atrás; subir la empinada y riscosa cuesta de este Libro, aguantarse sereno, de pie sobre él y mirar delante de sí con arrogancia, alrededor, allá abajo, allá lejos, al norte, al sur, al este, al oeste, a todos los países, a todas las civilizaciones, a todas las obras, a los cultos, a las doctrinas, a los hombres, a las ciudades, al pasado y al presente, es sentirse trasmutado a sí mismo en otro hombre, más libre, más profundo, más valeroso, más entusiasta.

Aquí se pierde el miedo: Hombres sin miedo necesitamos para la gran Empresa. Aquí se gana el anhelo: Hombres anhelantes necesitamos para la gran Empresa.

Que todos se sostengan de pie sobre este Libro y miren firmemente al Horizonte.

Jornada Segunda

XIV

Atención, compañeros. Parad bien las orejas. Haced silencio para que suene la Palabra, para que el canto se oiga.

Parad ahora la charla de los discursos y de las disputas, parad las risas del jolgorio, parad las lamentaciones de la tribulación, parad las protestas de la lucha. Cese, sí, todo ruido y turbulencia: escuchad la Palabra que más os importa.

Tengo cosas muy grandes que deciros. Traigo para vosotros un terrible Mensaje. Soy un chasqui que llega desde lejos, que ha corrido toda la noche para traeros palabra del Espíritu.

XV

Vengan todos los hombres de esta América porque tengo palabra del Espíritu. Oigan todos los hombres de esta América las palabras que son de todos.

Este no es un errante payador, que va a cantar al son de su instrumento larga historia de hazañas y de amores. Ni suena entre mis labios la

solitaria kena, cuya dulzura lleva en las montañas la queja de los yaravíes.

Yo no narro aventuras ni desventuras. No hablo de mí sino de vosotros. No traigo al brazo la vihuela harmoniosa sino el rudo tambor de las batallas.

XVI

Suene el rudo tambor en urgentes redobles, convocando a todos los hombres del Continente. Parad los trabajos, los estudios y los placeres. Dormidos, despertad.

Trabajadores, dejad por una hora los martillos, las hachas, las azadas, los yunques y las ruedas. Estudiantes, dejad por una hora los textos y las aulas, cerrad los libros, guardad las citas bajo llave para que no se escapen tras vosotros. Enamorados, dejad el balcón de los coloquios, desprendeos del abrazo profundo, sacudid en el viento la cabellera de las queridas. Poetas, parad los deleitosos juegos de las rimas. Artistas, dejad los pinceles y la arcilla. Ciudadanos, detened las discusiones de los clubs y de los parlamentos. Negociantes, levantad las cabezas de los libros de caja.

Oid la Palabra que más os importa, la gran Consigna de este Alzamiento.

XVII

Para todos es la Palabra que digo, esta Consigna es para todos. Trabajador, para ti el más fuerte trabajo; estudioso, para ti el más arduo

estudio; enamorado, para ti el más profundo amor; poeta, para ti el más perdurable canto; pintor, para ti el cuadro más viviente; escultor y arquitecto, para ti el monumento más imperecedero; ciudadano, para ti la política más trascendente.

Esta Palabra que digo, este chasque que traigo, este canto que entono, están, sí, por encima de todo trabajo, de todo estudio, de toda poesía, de todo monumento, de toda política, porque atañen al fundamento de todas estas cosas, a la razón y al fin de todas nuestras acciones, al sentido mismo de nuestras vidas y a nuestro destino en cuánto américos — que así os llamo, hombres de Sudamérica.

XVIII

Yo quiero hablaros del sentido de nuestras vidas y de nuestros destinos en cuanto américos.

¿Pero podéis separar vuestros destinos de hombres y de américos? ¿Creéis que el haber nacido aquí, en este Continente, sea un hecho sin sentido, sin trascendencia, sin finalidad? ¿Creéis que hay hechos sin finalidad y sin sentido? ¿Creéis que se nace por azar? ¿Creéis en el azar?

Américos: nuestros destinos y el destino del Continente son un solo destino. Nosotros somos los órganos del Continente; el Continente es nuestro gran órgano. Por nosotros, él será. Por él, nosotros seremos.

XIX

Al hablaros del sentido de nuestras vidas y de nuestros destinos en cuanto américos, hablo de nuestras vidas y de nuestros destinos en cuanto hombres. Nosotros y el Continente somos términos inseparables. Somos como el Espíritu y el Cuerpo.

No somos américos por el vano azar de haber nacido en este lugar del mundo que llamamos América. Somos américos por la profunda y trascendente condición que implica, para todos y cada uno de nosotros, el nacer en este Continente; por la posición única en que este nacimiento nos coloca, a todos y cada uno de nosotros, dentro de la Humanidad; por el sello genuino de idealidad con que, a todos y cada uno de nosotros, nos marca este nacimiento; por la destinación con que este nacimiento nos señala en la Historia—a todos y cada uno de nosotros.

XX

Yo hablo del sentido de nuestras vidas y de nuestros destinos en cuanto hombres; y hablo, por tanto, de cada uno de nosotros, en su conciencia y en su acción; y hablo de nuestras actividades todas, de nuestros trabajos, de nuestros estudios, de nuestros amores, de nuestra poesía, de nuestras artes, de nuestra política, de nuestros negocios.

Porque los trabajos, los estudios, los amores, los cantos, las artes, la política y los negocios de Sudamérica, han de tener como nosotros mismos un carácter, un sentido, un fin, han de cumplir como nosotros una destinación.

Yo os hablo, pues, del trabajo de los trabajos, del estudio de los estudios, del amor de los amores, del arte de las artes, del canto de los cantos, de la política de las políticas. Os hablo del sentido y de la dirección de toda conducta y de todo esfuerzo. Os hablo del fundamento y del fin de nuestra vida.

XXI

Ninguna palabra es, para nosotros, más importante que esta palabra; ningún problema es más fundamental que este problema; ningún deber es más imperioso que este deber; ninguna labor es más fecunda que esta labor; ningún ideal es superior a este ideal; ninguna necesidad es más urgente que esta necesidad.

Estamos en la encrucijada de todos los caminos del Mundo: se trata de tomar el camino. Se trata de saber quiénes somos y a dónde vamos. Se trata de definir una conciencia, de descubrir la propia ruta, de afirmar los propios principios, de asumir una propia actitud. Se trata de ser o de no ser.

Jornada Tercera

XXII

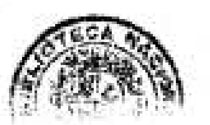
Ved, pues, que esta Palabra que yo digo no es palabra de paz sino de guerra. Ved, pues, que este canto que entono no es canto de delcite sino de acción.

Ved, pues, como no es este un payador errante, que lanza al viento del atardecer su pena solitaria. Ved como esto que suena entre mis manos no es vihuela harmoniosa sino tambor marcial.

No, yo no vengo a deleitar ni a conmover. No busco aplausos sino voluntades. Que los que vengan, vengan con sus caballos y sus armas. Yo soy uno que anda por los pueblos alzando gente para una gran Campaña.

XXIII

Pero que entiendan bien: esto que digo no vale porque yo lo diga. ¿Quién soy yo?: uno de la multitud. Esto vale por su propio valer. ¿Qué importa el que habla?; ¿acaso habla por sí?; ¿acaso exige que lo creáis porque es él?; ¿acaso presume autoridad sobre vosotros?; ¿acaso quiere erigirse en vuestro caudillo?...



Juzgad a la razón, no a quien la dice. No hagáis caso de hombres, sino de ideas. Olvidad al mensajero, atended al Mensaje. Dejad pasar la criatura mortal, retened la inmortal Palabra.

XXIV

Entended que no hablo por mí, ni en mi nombre, sino que hablo por todos y en nombre del Espíritu. Es vuestro pensamiento lo que aquí se manifiesta. Es vuestra palabra la que aquí se pronuncia. Yo no soy sino un intérprete, un vocero, uno que sintió en sí la evidencia del recóndito anhelo común, uno que se adelanta para decir lo que está en todos.

XXV

Porque yo no existiría sin vosotros: Os debo la vida y la palabra. Soy vuestro efecto. Vosotros me proyectáis como la onda a la piedra, como el arco a la flecha. Yo no soy sino una piedra lanzada hacia el futuro por la honda de vuestro Anhelo; yo no soy sino una flecha lanzada a la posteridad por el arco de vuestro Destino.

XXVI

¿Yo soy ahora un individuo? ¿Tengo nombre, edad, familia, profesión? ¿Verdaderamente, este que habla es uno que vive en tal calle, que tiene tal figura, que ejerce tal empleo, que es amigo de éste o de aquél, que va y que viene?

No, este que habla no tiene nombre, ni figura,

ni edad, ni familia, ni casa, ni empleo, ni amigos, ni va ni viene: no es un individuo, es una voz.

Si al oirme decís: *yo ya he pensado eso,* dais así testimonio de mi pensamiento. Si al oirme decís: *eso es lo que yo digo,* dais así testimonio de mi palabra.

Nada de lo que hay en mí es mío: todo me lo dais vosotros. Yo soy como un espejo ustorio que concentra y refleja la inmensa palpitación.

XXVII

Yo estoy frente a vosotros como un espejo ustorio que concentra y refleja la inmensa palpitación. Si hay en mí cosas que aún no son visibles en los hechos, es que yo reflejo no sólo lo que es visible sino también lo que es invisible todavía. Yo reflejo, ante todo, lo que es aún invisible para los ojos, pero existe en potencia dentro de nosotros. Yo reflejo, ante todo, lo que está aún latente y ha de manifestarse.

XXVIII

Si esto que digo es brillante y la realidad es opaca, si la palabra es audaz y el hecho tímido, si la afirmación es grande y las circunstancias mezquinas, si los mismos de quienes y a quienes se habla la desconocen y renuncian, es porque yo reflejo lo que está aún latente e invisible, lo que se incuba debajo de las apariencias, lo que se oculta trás el hecho actual, lo que es substancial e intrínseco en nosotros: el destino mismo de nuestra América. Esta es una palabra de devenir.

XXIX

Y si a veces hallaréis en lo que digo cosas sutiles, cosas que no son de todos, es que yo no hablo sólo de lo exterior, que es fácil de tomar, sino también de aquello en que se fundamenta lo exterior y es arduo de entender.

Así, de las cosas que digo, unas son para todos y otras son para algunos. Que cada cual tome la parte que le corresponde.

Lo más externo es para los externos, lo más sutil es para los sutiles. Lo externo es de los más, lo sutil de los menos. Pero a los menos corresponde el deber mayor porque suyo es el mayor poder.

XXX

Mas, no olvidéis que todo cuanto diga, sea fácil o difícil, sea para todos o para algunos, no es sino un fruto del latente pensamiento común, que yo he sentido madurar y caer dentro de mí, como uno de vosotros.

Es la flotante aspiración que aquí se ha detenido. Es la nube que aquí se ha condensado en lluvia. No tiene autor esta Proclama: todos sois los autores. No es la palabra del que habla sino del Continente.

Jornada Cuarta

XXXI

Juventudes del Norte y del Sur, del Este y del Oeste; juventudes del Plata y del Orinoco, del Atlántico y del Pacífico; juventudes rubias y morenas, juventudes inquietas y confusas de la América Austral: ¡en marcha!

Criollos de faz cetrina, o de zarco ojo godo; retoños de la estirpe remota de Vizcaya; activas proles del inmigrante itálico; rubios nietos del sajón enérgico; cholos del pródigo mestizaje; sensuales y vivaces mulatos; quichuas y aztecas, hechos del bronce autóctono; hijos de todas las razas y de todos los pueblos, que acoge, confunde y renueva el regazo solar de esta América: ¡en marcha!

XXXII

Aquí no se pregunta a nadie de dónde viene. Sean nuestros ascendientes indígenas o criollos o ibéricos o sajones o itálicos o mulatos, es lo mismo para nosotros. Sólo una cosa queremos saber: si vais a donde nosotros vamos. Sólo

hacemos una pregunta: si queréis lo que nosotros queremos.

Nuestra unidad no está en el pasado sino en el futuro. Venimos de todos los puntos de la tierra, de todas las razas y los pueblos, para converger hacia un Destino.

Nuestro Fin es nuestra Ley. Nuestra Voluntad es nuestro Patrimonio. No tenemos más vínculo que el Ideal.

XXXIII

Suena el clarín de la madrugada. Su largo toque agudo, hace vibrar el aire hasta las lejanías. Relinchan, impacientes, los duros redomones. ¡En marcha!

Somos los forjadores de la sublime Historia. Somos el ejército de la nueva Emancipación. Somos las montoneras del Ideal.

Vamos a conquistar la libertad espiritual del Continente. Vamos a renovar, en tierras ideales, aquella empresa guerrera de la Emancipación. Vamos a librar nuevas batallas para un más alto y singular destino.

XXXIV

Aquella de los pátridas de Mayo, aquella de Maipú y de Ayacucho, aquella de Bolívar, fué la emancipación de los Estados: ésta, es la emancipación de la Conciencia.

Aquella es, el fundamento de esta; mas, sin esta es aquella infecunda y vana cosa. Esta explica, consagra y sublimiza aquella. Esta da a aquella un fin más trascendente y un sentido más alto para la Historia. Esta es aquella misma, renovada, en un más alto plano, para más altos fines.

XXXV

¿Qué cosa es — ¡oh gayas juventudes! — la libertad política de esta América si no entraña o produce la libertad del alma americana? ¿Quién es bastante torpe para afirmar que esta independencia política sea para nosotros, los américos, toda la independencia?

No, nosotros lo sabemos, nosotros lo afirmamos, — por eso estamos aquí: esta independencia que tenemos es sólo el principio de la independencia que queremos, la condición primera, el camino hacia la independencia.

XXXVI

Sabed — Naciones y Razas del Mundo — sabed — yankis y europeos — sabed — latinos y sajones — que nosotros, los hombres de esta América, sea cual sea nuestra sangre y nuestro pelo, queremos conquistar la autonomía espiritual del Continente.

Sabed que esta independencia política que hemos conquistado, no es nuestro fin sino nuestro medio. Sabed que ahora vamos a emprender la nueva y más alta emancipación: la de nuestra Conciencia. Sabed que vamos a levantar sobre el cimiento de la autonomía política, el edificio de la autonomía espiritual.

XXXVII

Sabed, sí, Pueblos y Estados del Mundo, progenitores nuestros, ilustres padres y abuelos, que nosotros, los jóvenes de esta América, no queremos ya más vivir de vuestros Mitos, de vuestras Tradiciones, de vuestros Pensamientos, de vuestras Formas, de vuestros Hábitos.

Sabed, sí, Pueblos y Estados del Mundo, que nosotros, los jóvenes de esta América, queremos tener nuestros Mitos, nuestras Tradiciones, nuestros Pensamientos; nuestras Formas y nuestros Hábitos.

Sabed que no queremos vivir ya de regalo, sino ser forjadores y dueños de nuestra vida.

XXXVIII

Ya no más, ya no más, — pueblos de Europa, pueblo de Manathán — nuestras ideas vivirán de vuestras ideas, nuestras letras vivirán de vuestras letras, nuestras artes vivirán de vuestras artes, nuestros modos vivirán de vuestros modos. Ya, no más nuestra civilización será un vano remedo de vuestra civilización; ya, no más nuestra vida será un vago reflejo de vuestra vida.

Ya, no más — ¡oh hermanos de la Europa y de Manathán!, oh hermanos potentados e ilustres a quienes tanto debemos... — Ya no más.

XXXIX

Ya, no más, — esta es nuestra suprema resolución,—nosotros, los jóvenes Estados de esta América, viviremos de la hermosa cultura encajonada que nos llega desde vuestras ciudades, hinchando las bodegas de los transatlánticos — ¡oh naciones antiguas de la Europa!, ¡oh joven y atronadora Manathán!

Ya, no más, — vednos aquí de pie — el esfuerzo de los hombres de Sudamérica será hacer de sus ciudades menguadas reproducciones de vuestras ciudades; ya, no más la vanidad de los hombres de Sudamérica, será hacer de sus vidas un remedo pueril de vuestras vidas.

Ya, no más coloniaje espiritual: esta es nuestra suprema resolución.

XL

Ya, no más, nosotros, los jóvenes hijos de las viejas razas, los nacidos en esta tierra, bajo la Cruz Austral, pensaremos, hablaremos y obraremos como nuestros progenitores de la Europa, como nuestros tutores de Manathán.

Ya, no más, seremos españoles, ni franceses, ni itálicos, ni sajones. Ya, no más, pensaremos ni hablaremos ni obraremos como sajones, como italianos, como franceses, como españoles.

Queremos pensar, hablar y obrar como américos. La conciencia de la americanidad ha despertado en nosotros.

XLI

Queremos, — ¡oh pueblos!, — pensar con nuestras cabezas, hablar con nuestra lengua, obrar con nuestro albedrío. Queremos ser nosotros mismos, no sombras ni reflejos de otros.

Queremos — ¡oh Pueblos!, que nuestras ideas, nuestras instituciones, nuestros cantos, nuestros monumentos, nuestras costumbres, sean nuestros en verdad, sean forjados por nosotros, no a vosotros comprados. Queremos que nuestra civilización sea fruto de nuestro propio esfuerzo, de nuestra propia facultad de vida, no regalo ni préstamo de vosotros.

Viejos pueblos, decidnos: ¿es acaso demasiado lo que queremos? Graves Padres y Doctores, decidnos: ¿acaso lo que queremos va contra la ley de Dios?

XLII

Queremos ser américos ante todo. Ya, no más seremos sino américos. Hijos de todas las razas, crías de todos los pueblos, mestizos de todas las sangres, cachorros de todas las leches, nosotros, los nacidos en estas tierras, somos américos, nada más que américos.

Nos hemos desligado de toda procedencia de sangre, de toda fidelidad de parentesco. Un deber más alto e imperioso nos desliga de toda fidelidad, de toda procedencia.

En todos nosotros arde una misma llama, palpita un mismo anhelo. Esta llama nos refunde, este anhelo nos unifica.

No somos ni hispánicos ni gálicos ni itálicos ni sajones: somos américos, nada más que américos. Y américos han de ser, no hispánicos, no gálicos, no itálicos, no sajones, nuestros corazones, nuestras mentes, nuestros actos y nuestras obras. La conciencia de la americanidad ha despertado en nosotros.

XLIII

La conciencia de la americanidad ha despertado en nosotros — ¡oh, Naciones provectas y poderosas, cuyos son nuestros padres y abuelos! El centro del Mundo no está ya para nosotros en Europa ni en Manathán: está aquí, en esta América. El Aconcagua es ahora el centro de la tierra, nuestro monte Merú, fortaleza del Grande Espíritu.

Ya no somos un arrabal de Europa: el mundo gira ahora en torno nuestro. De hoy más, — así lo hemos resuelto, — el mundo gira en torno de nuestro destino. Las razas, las naciones, las emigraciones, las guerras, los inventos, los dioses, las filosofías, y las constelaciones, giran en torno nuestro.

Jornada Quinta

XLIV

He aquí el Principio que es nuestro fundamento; he aquí la Doctrina que entraña nuestra aparición.

Nosotros la proclamamos a los cuatro vientos de la tierra, como la razón de nuestra propia actitud, y para que ella pueda servir de razón a todos los hombres, a todos los pueblos que quieran levantarse tras de nosotros, o que quieran llegar aún más allá, aun más allá que nosotros.

XLV

No limitamos a nosotros este Principio: lo extendemos al Hombre. Este es un principio fundamental y los principios fundamentales pertenecen al Hombre, a cualquier hombre, en cualquier tierra y época en que viva.

Esta Doctrina que afirmamos es doctrina para todos los hombres y no sólo para nosotros, los américos. Pero nosotros la afirmamos en la palabra y en el hecho como el fundamento de nuestra actitud, y por ello esta es nuestra Doctrina.

XLVI

He ahí un Pueblo — ¿conocéis este Pueblo? — he ahí una comarca — ¿conocéis esta comarca? — a donde se han llevado todas las cosas que forman esa máquina complicada y brillante de la civilización de Europa.

He ahí grandes hoteles, avenidas de asfalto, veloces automóviles, casinos elegantes, costumbres de la Francia, Instituciones de la Inglaterra, Industria de la Alemania, Arte de la Italia, Literatura de París...

Y todos dicen: he ahí un Pueblo culto, he ahí un Pueblo civilizado. Y este Pueblo se ufana y regocija; y dice para sí y para los otros: nos civilizamos.

Mas nosotros decimos: aberración.

XLVII

Nosotros decimos que todo esto es vana exterioridad y engañadora apariencia. Ese Pueblo representa la comedia de la civilización mas no es civilizado en verdad. Esa gente recita un papel aprendido, viste un traje de carácter, se mueve entre pintadas decoraciones con gestos convencionales.

Pero el cómico no es el hombre; pero la comedia no es la vida. Ese Pueblo posee todos los modos y las formas externas de una civilización, pero carece de la conciencia propia que da sentido y forma a las civilizaciones.

XLVIII

Nosotros decimos que una Civilización no es una máquina complicada, sino un estado de conciencia del hombre. Decimos que una cultura no es una cosa externa como un vestido, sino una realidad interna y substancial. Decimos que las civilizaciones y las culturas de los Pueblos no fincan en la adopción y ni en el remedo de estos o aquellos modos, de estas o aquellas formas, sino en la facultad de manifestarse a sí mismo en las formas y en los modos.

XLIX

Nosotros decimos que las cosas que no son propias, aunque se tengan no se tienen. Decimos que vale más un rudimento de cultura propia que la más espléndida cultura de imitación. Decimos que vale más ser primitivos en lo propio que refinados sin propiedad. Decimos que vale más equivocarse en lo nuevo que acertar en la repetición. Decimos que vale más andar a tumbos por el camino propio que deslizarse por los caminos de los demás.

L

Nosotros decimos que el espíritu de los pueblos ha de ser semejante a un crisol, donde todo cuanto de fuera venga se funda, para ser conformado en moldes nuevos, reaparecer con otras formas.

Nosotros decimos que las formas y modos de las civilizaciones: artes, letras, doctrinas, instituciones, hábitos, llevadas por las corrientes de una

a otra parte, han de modificarse, han de ser conformadas según moldes distintos, han de redivivir con un cuño de propiedad. Y decimos que en esta mayor o menor facultad de apropiación y de renovación de un pueblo, respecto a aquello que de fuera le viene, está su mayor o menor poder efectivo de civilización.

LI

Y decimos nosotros que, si las formas y modos llevados de unos pueblos a otros, de unas a otras naciones, no cambian, no se refunden, no muestran nuevos aspectos, no adquieren nueva personalidad, esas, tenedlo por seguro, son vanas formas, modos externos; y el pueblo que a ellas se amolda sin apropiárselas, renovándolas, es un pueblo cuya conciencia no se halla, no, en estado de civilización. Y esto es así, por más fiel y perfecto que sea el remedo de las formas y modos. Porque sólo es remedo y apariencia lo que no se asimila y cobra formas nuevas.

LII

Ved, hermanos, ese viejo maestro de pintura, que enseña a sus discípulos adolescentes, poniendo ante ellos fríos modelos de yeso, ojos, pies, torsos y manos, para que ellos los vayan copiando fielmente en su papel. ¿Es éste un buen maestro? No, éste es un mal maestro, éste es un pobre diablo sin sentido del arte, éste es un esterilizador de corazones, éste es un embalsamador de cadáveres.

Ved, ahora, ese otro maestro, que pone a sus discípulos adolescentes frente a la naturaleza viva, a las formas animadas y cambiantes, a la realidad palpitante y directa, para que ellos la sientan y la interpreten a su albedrío; para que tengan la emoción inmediata de las cosas vivientes y se esfuercen, con la ayuda de su sabio consejo, en expresar en su dibujo todavía inseguro, las concepciones propias y personales. Este es el buen maestro, éste es el suscitador de individualidades, éste es el verdadero artista y pedagogo, que sabe que lo primero es despertar en cada criatura, aquello que tiene de Dios: la individualidad.

Y esto que se dice del Arte se dice de la Cultura toda; y esto que se dice del maestro y de los discípulos, se dice de los pueblos y de la civilización.

LIII

Una vez, hace siglos, fué dicho al hombre de Europa: La Religión no consiste en el rito ni en el dogma; se puede ser profundamente religioso sin cumplir ritos y sin acatar dogmas. Cada hombre puede estar en relación directa con Dios por medio de su propia conciencia. Dios es para cada hombre tal como él lo concibe y lo siente. Cada hombre debe entender la Doctrina según su razón y adorar a la divinidad según su entendimiento. Así la conciencia del hombre fué emancipada.

LIV

Y otra vez, ahora mismo, es dicho al hombre de Sudamérica: La Civilización no consiste en las

formas ni en los modos establecidos. Se puede ser altamente civilizado, sin reproducir ninguna de las formas y modos establecidos, y aún contra todos los modos y las formas establecidas. Cada pueblo es el árbitro de su cultura, debe manifestarse en modos propios. No hay más civilización real que la civilización propia. No hay más cultura verdadera que la cultura original.

Así la conciencia de los pueblos es emancipada.

LV

¿Qué es — ¡oh hermanos! — el genio de una civilización?; ¿qué es, — ¡oh Pueblos! — el espíritu de una cultura? ¿No es aquello de lo cual procede todo, en que todo se fundamenta, la ley y la clave de todo su desarrollo? ¿Puede haber una civilización sin genio propio? ¿Puede haber una cultura sin espíritu original?

¿Qué es, pues, una cultura, qué es, pues, una civilización sino un organismo vivo y armónico, en el cual todo responde a un principio y llena una función, que sirve a un fin de evolución como un árbol con sus raíces, su tronco, su fronda, sus flores, sus frutos?...

Así es, así es, nadie lo dude. Una civilización sin genio propio no es, no puede ser, no será jamás, una civilización. Es una maquinaria complicada, sin alma; es un mecanismo sin conciencia. Es un amontonamiento confuso de formas huecas, de cáscaras de civilización.

LVI

Así es. Todas las formas y los modos externos de las civilizaciones, sus leyes, sus artes, sus doctrinas, sus trabajos, sus costumbres, sus errores, sus vicios, no son sino manifestaciones de su genio, no son sino encarnaciones de su espíritu, no son sino órganos y miembros en que evoluciona. Mas, todas esas cosas separadas de él, son cosas sin sentido, son formas inánimes, meras formas, cáscaras huecas, apariencias y vanidades.

Y es por esto, es por esto, ¡oh, hermanos!, que no pueden ni deben ser tomadas las formas y los modos externos de las civilizaciones. Y es por esto, es por esto, que el transporte y remedo de las formas no crea civilizaciones. Y es por esto que toda forma y modo debe brotar de la raíz, debe ser animada y dirigida por un espíritu, debe ser la imperiosa manifestación del Ente original.

LVII

Sin raíz propia, ¡oh, pueblos!, toda cultura es apariencia, externa y precaria es toda civilización. Y tened por seguro que, mientras el genio de una civilización no haya nacido, mientras no haya despertado la personalidad, son en vano, en vano, en vano las leyes, las artes, las letras, las ideas, las industrias y las modas de importación.

Son en vano, en vano, en vano, los hoteles suntuosos, las avenidas de asfalto, los parques versallescos, las estatuas de los museos, los rápidos automóviles, los trajes de París, el té de las

cinco, las comedias francesas, las instituciones sajonas, los cabarés nocturnos, las academias de artes y las cátedras de literatura.

Porque todo eso es el vano remedo de la civilización. Porque todo eso es la inútil y complicada farsa de la cultura.

LVIII

Una sola cosa es necesaria ante todo: raíz propia, espíritu original. Una sola cosa es, sí, necesaria antes que todas las cosas: despertar al dios.

De esta cosa nacen todas las demás cosas. Si esta cosa existe, todo puede existir; mas sin ella, nada tiene existencia en realidad.

Si el dios existe, si el espíritu está despierto, si el genio actúa, todo se crea y se desarrolla por su virtud. Mas si el dios no existe, si el espíritu no está despierto, si el genio no actúa, todo es superficial, efímero e inconsistente.

Sólo una cosa es necesaria ante todo: aquella que es el principio, la raíz y la norma de todas las cosas: despertar al dios.

Jornada Sexta

LIX

¿Qué es lo que queréis tan imperiosamente? ¿Qué es lo que buscáis con tan anhelante desvelo? —nos preguntan, perplejos y alarmados, los hombres de Europa. — ¿Queréis el Progreso?

—No, no, no es el Progreso lo que más queremos, — responden nuestras bocas, mientras siguen nuestros ojos fijos en el horizonte.

—¿No buscáis ante todo la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad, el Orden y la Dicha de vuestras Naciones?

—No, no es la Libertad, ni la Igualdad, ni la Fraternidad, ni el Orden, ni la Dicha, lo que nosotros buscamos ante todo.

—¿Es, pues, la Riqueza lo que más queréis?, ¿es la Industria, llenando con su rumor el Continente, y el Comercio, llenando con sus productos los mercados del Mundo?

—No, no es la Riqueza, ni la Industria, ni el Comercio mundial lo que nosotros más queremos.

Y la Europa se queda mirándonos con sus ojos de aguará vieja, entre perpleja e irónica.

LX

Y tornan a preguntarnos los hombres de Europa: — ¿Lo que más queréis es, acaso, la Fuerza

y el poder de los ejércitos, es el imperio político de vuestro Continente, es el dominio de la Tierra!

—No, no es la Fuerza, ni el poder de los ejércitos, ni el imperio político, ni el dominio de la Tierra lo que nosotros más queremos.

—¿Es, tal vez, la dirección intelectual del Mundo lo que más queréis?; ¿lo que buscáis, es que vuestras ideas, vuestras letras y vuestras artes, conquisten por su irradiación solar a todos los pueblos?

—No, no es la dirección intelectual del Mundo lo que más queremos; no, lo que buscamos ante todo no es que nuestras ideas, nuestras letras y nuestras artes, conquisten por su irradiación solar a todos los pueblos.

—¿Qué es, entonces, lo que más queréis? — ¡oh, niños turbulentos e incomprensibles! — ¿Qué es lo que buscáis, ante todo?

—Lo que nosotros más queremos es ser nosotros mismos. Lo que buscamos, ante todo, es el camino que ha de llevarnos a donde tenemos que ir.

LXI

Sí, lo que nosotros más queremos es ser nosotros mismos. Lo que buscamos, ante todo, es el camino que ha de llevarnos a donde tenemos que ir.

Queremos más que todo, aquello que es la raíz de toda Entidad. Buscamos, ante todo, aquello que es la causa y la norma de todas las cosas.

Queremos más que todo, aquello sin lo cual nada tiene existencia propia ni sentido. Buscamos, ante todo, aquello que da existencia y sentido a todas las cosas.

Madre Europa, vieja aguará, ya os hemos dicho nuestro secreto.

LXII

Pueblos hay, lo sabemos, pueblos jóvenes de este o de otros continentes, donde esta cosa que llamamos Civilización, se halla en toda su exterior plenitud; pueblos nuevos de este o del otro hemisferio, cuyos nombres se callan, donde todo es igual que en los grandes pueblos, y en cuyas vastas y modernas ciudades, creería el viajero hallarse en las ciudades ilustres.

Cuanto ha inventado y desarrollado la civilización de Europa, está en ellos. La vida de esos pueblos es conforme a las modernas formas de gobierno. La vida de esas ciudades es confortable y amena. Se goza en esos pueblos de todos los derechos; se disfruta en esas ciudades de todos los adelantos.

LXIII

Sí, lo sabemos. Las gentes de esos pueblos son instruídas: no hay allí quien no tenga lectura y escritura. La Industria ha dotado a esa gente de todas las comodidades, y grandes diarios circulan con las noticias de todo el Mundo. Por el día se trabaja con orden en fábricas y oficinas; por la noche se van a ver comedias o conciertos de música, o a conversar al club, o a folgar en el cabaré. Los hombres son educados, las mujeres bonitas.



Hay también, entre ellos, gente que pinta, o que compone música; los hay que hacen discursos y novelas; y hasta los hay que a veces hacen versos.

Sí, lo sabemos; en esos pueblos hay todo lo que hay en los grandes pueblos; en esas ciudades creería el viajero hallarse en las ciudades ilustres.

LXIV

Sí, lo sabemos. En estos pueblos están todas las cosas que están en aquellos pueblos, todas las cosas menos una cosa. En estas ciudades están todas las cosas que están en aquellas ciudades, todas las cosas menos una cosa. Y esta cosa es el Alma.

Esta cosa es el alma que no está en estos pueblos, que no está en las ciudades de estos pueblos. Pueblos sin alma son, como grandes bazares y almacenes, y gentes son sin alma, como cosas mecánicas, que hacen todo lo que hace la gente.

LXV

Ciudades son, sin alma, como grandes bazares y almacenes, muy ordenadas y confortables, sí, llenas, sí, de riqueza, de actividad y de arte, pero en cuyos hoteles de muchos pisos el Espíritu no encuentra posada.

Gentes sin alma son, como cosas mecánicas, que no tienen raíces ni en el cielo ni en la tierra; y la vida es entre ellas como un vino chirle, como comida sin sal, como pan sin levadura. Porque el Espíritu es, como lo dijo Uno, la sal de la

Tierra; porque el Espíritu es, como aquí lo decimos, la levadura del Mundo.

LXVI

Sí, lo sabemos. Edén de la medianía incolora, cielo de los materialistas, paraíso terrenal de los sociólogos, esos pueblos y las ciudades de esos pueblos no darán jamás de sí, ni héroes, ni genios, ni santos, ni artistas, ni guerreros, ni mártires, ni profetas, ni monstruos. Ni el rojo de la pasión, ni el azul del éxtasis, ni el blanco de la pureza, ni el negro del horror: todo en ellos es gris indefinido.

Por sus caminos llanos no pasará jamás Don Quijote; ni Fausto alguno venderá su alma al Diablo a cambio del Conocimiento. Nunca, en la noche, se oirá el grito de angustia de un Manfredo; ni ondeará al viento la bandera trágica de un Facundo. Ni Cristo, ni Nerón pueden nacer en ellos. Y no dejarán posteridad.

LXVII

¿Por qué no mora, pues, el Espíritu en esos pueblos? ¿Acaso es que el Progreso sea una cosa enemiga del Espíritu? ¿No puede, acaso, tenerse todo eso y tenerse también el Espíritu?

¡Oh, amigos!, no es, no, que el Espíritu y el Progreso sean enemigos, antes bien el Espíritu es lo que mueve al hombre y desarrollla todas las cosas del hombre; porque, en verdad, lo que progresa en el hombre es el Espíritu.

Pero el Espíritu es imperioso y se manifiesta en

las cosas; y así es que no puede formarse donde él está sino aquello que es él mismo encarnado en las cosas. Y esas culturas incoloras, esas civilizaciones sin personalidad, no son posibles donde impera el Espíritu, porque él lo refunde y lo moldea todo en sus fuegos.

LXVIII

No, no, no, nosotros no queremos ser de esos pueblos; nosotros no queremos que sean así nuestras ciudades. Porque esa es la civilización que se compra con el dinero, y que tiene más aquel que más compra, y que tiene mejor aquel que mejor paga. Porque esa civilización es cosa que se compra en los mercados de Europa, y nosotros queremos, ante todo, aquello que no se compra.

Nosotros queremos aquello que se engendra y se desarrolla; aquello que es fruto de vida; aquello que tiene sangre nuestra, pensamiento nuestro, esfuerzo nuestro; aquello que es concebido con amor, parido con dolor y con alegría.

LXIX

Nos juzguéis bien o mal, desde ya declaramos: Nosotros no queremos ser ese paraíso de los sociólogos. No venderemos nuestra alma a cambio del Progreso. No seremos civilizados a cambio del Espíritu. Antes querríamos tener el Espíritu sin el Progreso que tener el Progreso sin el Espíritu.

LXX

Porque la Vida no es para nosotros, precisamente, eso que se llama el Progreso. Y no es que rechacemos el Progreso, ya lo sabéis. Ley vital de los seres es el Progreso, que desarrolla el sér de dentro a fuera. Si entendéis por progreso la propia evolución, nosotros somos los grandes progresistas, porque nosotros queremos, ante todo, la propia evolución. Mas si entendéis aquella cosa que es de comprar, aquella cosa externa, convencional y mecánica, entonces, decimos que eso no nos importa.

LXXI

Porque la Vida es, para nosotros, ante todo y sobre todo, Espíritu. Y el Espíritu en los pueblos es personalidad. Pueblo sin Personalidad es pueblo sin Espíritu. Y pueblo sin Espíritu es pueblo muerto.

Muerto, sí, aunque se agite y multiplique y enriquezca y se apropie todo el progreso del Mundo; muerto, sí, porque se agita en vano, y en vano se multiplica, y en vano se apropia todo el progreso del Mundo; muerto, sí, porque vive de una existencia superficial y externa; muerto, sí, porque carece de raíces y pasa sin dejar nada de él; muerto, muerto, muerto, porque la única vida verdadera es la que tiene raíces en el Espíritu.

LXXII

Y no digáis, — ¡oh, prudentes Doctores! — que esto no impide aquello. No digáis: por ahora consagrémonos al Progreso, ya, algún día, vendrá la Personalidad. No digáis: pensemos en lo que es positivo, tiempo hay después para pensar en lo otro.

No digáis esto, porque es vana ilusión y maula contentamiento; no digáis esto, porque decís injuria de América y de la Vida; no digáis esto, porque es renuncia del Deber y humillación para vosotros mismos.

LXXIII

¿No sabéis que es en vano cuanto hagáis, si el Espíritu no está presente? ¿No sabéis que si el Espíritu no es quien obra, cuanto hagáis es hecho en la arena? ¿No sabéis que cuando el Espíritu despierte nada de lo que habéis hecho quedará hecho? ¿No sabéis que cuando el Espíritu entre en acción será como un viento que se llevará vuestra obra, como un fuego que os consumirá?

Decid mejor: Ante todo hay que revelar el Espíritu; ante todo hay que despertar la Conciencia; ante todo hay que forjar la Personalidad. Pongamos a este fin todo el esfuerzo. Cuando lo hayamos conseguido, todo lo demás vendrá después.

Jornada Séptima

LXXIV

Hay, sí, un legado histórico; hay, sí, un patrimonio universal; hay, sí, el esfuerzo acumulado de los siglos; hay, sí, la experiencia milenaria de las generaciones y de los pueblos; hay, sí, un acervo de civilización, del que nosotros, los nuevos pueblos de esta América, somos los últimos herederos.

Nosotros, los américos, los que acabamos de llegar, los hoy mismo nacidos, los últimos y los primeros, síntesis de todas las razas, condensación suprema de la Historia, nosotros, avanzamos para recoger esa herencia y levantarnos sobre ella más alto que todos los pueblos, en la realización de todas las esperanzas.

LXXV

Nosotros, síntesis y corona de las razas, crisol trascendental de los pueblos, encrucijada de la Historia, molde de nuevas civilizaciones, río de anhelos que corre y se precipita en catarata, ca-

mino de las cumbres inmaculadas, puertas del más allá, nosotros, venimos a tomar posesión de esta Herencia, venimos, sí, a erguirnos sobre el esfuerzo secular de la Historia, trayendo, sí, en nosotros, el patrimonio de los siglos. Henos aquí.

LXXVI

Henos aquí, Ciudades de la Tierra, Pueblos y Naciones, Dioses y Héroes, Continentes y Mundos.

Henos aquí, Pueblos y Naciones presentes: España, Francia, Italia, Inglaterra, Alemania, Rusia, Nordamérica, Japón. Henos aquí, Pueblos y Naciones pasadas, India, Egipto, Roma, Grecia, Persia, Asiria, Judea. Henos aquí, Pueblos y Naciones que hubisteis las tierras que hoy habitamos, Toltecas, Mayas, Kichuas, Aucas, Guaraníes.

Henos aquí, henos aquí a los que os llevamos en nosotros, convertidos en substancia inmortal, como energías de nuestra propia Alma.

LXXVII

Henos aquí, Ciudades de la Tierra, Capitales magníficas de ayer y de hoy, las que aún por las noches ilumináis el cielo de una claridad de auroras boreales, y las que yacéis en el silencio y en la sombra, hechas polvo y fantasma; París, Londres, Berlín, Milán y Nueva York; Roma, Atenas, Memphis, Babilonia, Nínive, Jerusalén y Damasco. Y vosotras, las de la América que fué, Teotyhuacán, Kuzco y Palenke.

Henos aquí, henos aquí a los que os llevamos

en nosotros, convertidas en substancia inmortal, como energías de nuestra propia Alma.

LXXVIII

Henos aquí, Héroes e Inventores, Santos y Guerreros, Descubridores y Artistas, Filósofos y Navegantes, de todas las Tierras, de todas las Razas, de todos los Tiempos; cuantos, entre los hombres, hubisteis una gran alma, cuantos quisisteis con fuerza, cuantos creasteis con dolor, cuantos luchasteis con fe, cuantos anhelasteis en la profunda soledad, cuantos conocisteis la embriaguez suprema del sacrificio, cuantos sufristeis persecución, dolo y sarcasmo, cuantos sucumbisteis frenéticos, cuantos triunfasteis gloriosos, cuantos os disteis a un Ideal, tantos, tantos, que ya no recordamos vuestros nombres.

Henos aquí, henos aquí a los que os llevamos en nosotros, convertidos en substancia inmortal, como energías de nuestra propia alma.

LXXIX

Henos aquí, creaturas ideales del pensamiento, alumbramientos del genio humano, imágenes perfectas de nuestras vidas, que habitáis por encima de los hombres y de los tiempos en el cielo del arte; vosotros, Prometeo, Edipo, Arjuna, Sigfredo, Fausto, Hamlet, Don Quijote; vosotras, Helena, Casandra, Salomé, Beatriz, Julieta, Edda Gabler; vosotras, multitudes de figuras de hombres y de mujeres, desventurados o dichosos, heroicos o viles, que habitáis bullendo y renovándoos en

majestuosas rondas, junto a las grandes imágenes, en el cielo del Arte.

Henos aquí, henos aquí a los que os llevamos en nosotros, convertidos en substancia inmortal, como energías de nuestra propia Alma.

LXXX

Henos aquí, henos aquí, Razas, Ciudades, Héroes y Siglos, a los que os llevamos dentro de nosotros, convertidos en espíritus inmortales. Dentro de nosotros os llevamos, sí, con todas vuestras glorias y vuestras ignominias, con vuestra sabiduría y vuestra bestialidad, con vuestras lunas de medianoche y vuestros soles declinantes.

Dentro de nosotros, sí, con vuestras severas virtudes y vuestros vicios infames, con vuestros néctares sutiles y vuestros mágicos venenos, con vuestra fe profunda y vuestro tedio inmenso, con vuestros entusiasmos creadores y vuestros cansancios infinitos.

Dentro de nosotros, sí, con vuestras torres, vuestras pirámides y vuestras cúpulas; dentro de nosotros, sí, con vuestras fiestas y vuestras batallas; dentro de nosotros, sí, con vuestras obras y con vuestros sueños.

LXXXI

Toda la Historia, toda la Civilización, toda la Humanidad, están en nosotros, no fuera de nosotros.

Ese legado de los Siglos, esa universal Herencia, esa labor de todos los pueblos, ese esfuerzo

de todos los hombres, está en nosotros, no fuera de nosotros.

Esa herencia no es una forma externa, es una virtud interna; ese patrimonio no es una máquina complicada, es una substancia germinativa; ese acervo no es una riqueza en botijos, sino una facultad de nuestra alma.

LXXXII

Los Pueblos, las Naciones, las Razas, los Héroes, los Siglos, han pensado y escrito y obrado, han sufrido y gozado, se han esforzado y sucumbido, para hacernos a nosotros tales como somos, para darnos estas capacidades, estos valores, estas energías, estas tendencias, estos destinos.

Todo el esfuerzo acumulado de los siglos, no se ha dirigido a montar esta máquina complicada y brillante que se llama Civilización; no, mil veces no; no, un millón de veces no; ese esfuerzo se ha dirigido a producir un hombre, y ese hombre somos nosotros, nosotros, sí, los Hijos del secular Esfuerzo.

LXXXIII

Nosotros, los américos, somos los últimos en llegar, y venimos trayendo todos vuestros esfuerzos, a cumplir vuestras más altas esperanzas. Nosotros somos el fruto de todos vuestros esfuerzos, la imagen viva de todas vuestras esperanzas. Para nosotros anhelasteis, para nosotros os esforzasteis, para nosotros vivisteis. Porque

todo vuestro esfuerzo y vuestra esperanza están en nosotros.

Somos como un vasto mar que recibe todos los ríos; y también como una estrecha encrucijada a donde convergen todos los caminos.

LXXXIV

Frente a las viejas y pesadas civilizaciones, — pesadas con el peso de tantos esplendores y de tantas herencias, — frente a las viejas culturas refinadas y decadentes, — tantos mágicos venenos hay en su sangre, — el pueblo en quien despierta el genio de la renovación, es semejante a un niño terrible y prodigioso.

Una inocencia natural, una lúcida infancia, le emancipan de la tutela de las viejas cátedras, y lo impulsan a lanzarse solo, por las sendas montañeces de las sierras y las playas musicales del mar, preguntando a la tierra, a los árboles, a las aguas, a los vientos, a las bestias, a los hombres, a las estrellas...

Todas las facultades genésicas se levantan y entran en acción, como si por primera vez despertara el alma de su sueño de oruga sobre la tierra, y tuviera conciencia de sí misma, y sus ojos iluminados penetraran en las cosas, vírgenes e intuitivos, como en la aurora védica.

LXXXV

Todas las formas externas de las demás culturas han de ser rotas y arrojadas, como la cáscara

de la nuez, si se quiere comer el fruto. De los odres históricos, sólo ha de conservarse el vino.

Todo lo que es fundamental y permanente en las civilizaciones estará aquí, pero con otras formas. Todo lo que es definitivo y de heredar en el encadenamiento de las culturas, estará aquí, pero transfigurado.

Una nueva cultura es un nuevo avatar del espíritu humano. El espíritu que reencarna es el mismo, pero el cuerpo y la personalidad son otros.

LXXXVI

Así, las formas de la civilización son para nosotros, los américos, lo que es la flor para la abeja. Chupamos de ella el néctar y elaboramos nuestra miel. Así, la sabiduría y la riqueza de los siglos están en nosotros, como un néctar. Extraemos el néctar y dejamos la flor. Sólo el néctar sirve para hacer miel.

Sólo el néctar, sólo el néctar queremos, nosotros, los productores de miel. Y en nuestros patrios panales elaboramos nuestra miel, nuestra miel, sí, nosotros, las zumbantes abejas de la Civilización.

Jornada Octava

LXXXVII

Una noche, tendido sobre la pampa, yo velaba, mirando al Firmamento. En la sombra infinita se extendía el cielo austral, con sus grandes constelaciones y con sus muchedumbres de orbes resplandecientes. Maravillosa fiesta de los ojos, embriaguez maravillosa del Pensamiento. En el aire dulce flotaba, como un vaho intenso, el olor de los húmedos pastizales. En la callada soledad, sentía latir mi corazón. Luego, como si aquella inmensidad pesara sobre mis párpados con un peso inefable y mortal, mis párpados se cerraron dulcemente. Esto era hacia la mitad de la noche.

LXXXVIII

Ved, amigos, como las grandes cosas del Espíritu, suceden hacia la medianoche. El día es para el trabajo, el estudio y los negocios; pero la noche, la gran noche profunda y estrellada, es para las cosas estrelladas y profundas del Amor y del Espíritu. Porque las cosas más profundas son invisibles durante el día, como las estrellas.

Las raíces del día y de las cosas que se ven

en el día, están en la profunda noche. El secreto del día y de las cosas que suceden en el día sólo puede comprenderse en la noche. Porque el día es claro para los ojos, pero la noche es más clara para el Espíritu.

LXXXIX

Así fué, que en el silencio perfecto oí una voz. Era una voz que llenaba y estremecía los ámbitos como un trueno, y era dulce, no obstante, como el eco de un órgano a la distancia. Era una voz que parecía venir de las infinitas alturas, y ser, no obstante, susurrada al oído, como un secreto amoroso. Yo no sé si la oía con los oídos o con la mente, no sé si sonaba dentro o fuera, si era una voz o un pensamiento.

Decía la voz. Aster: despierta. Esta es tu hora. El mundo necesita de ti. En el vasto bosquejo de mi Universo, tú tienes un lugar, ven a ocuparlo. En el plan de mi inmensa evolución tú tienes tu misión, ven a cumplirla. Antes que tú, tus hermanos, uno tras otro, se han levantado para tomar su puesto en mi labor y cumplir la misión de cada uno. Ahora, levántate tú: esta es tu hora.

XC

Entonces, de las vastas soledades del Continente, en la callada sombra, vi alzarse como un vaho luminoso que se desprendiera de la tierra, como una niebla tenue y sideral, semejante a la cauda de los cometas, que se iba condensando en velos de

materia radiante, que ondulaban y se hacían más espesos, así que iban ascendiendo al espacio.

Vi ascender al espacio la materia radiante, como flotantes velos constelados, que arrebatara en raudas espirales un viento desconocido. Vi condensarse aquella astral materia en una densa nébula, y tomar luego forma de gigantesco huevo, que parecía de oro incandescente. Y vi surgir del huevo, plasmándose en la luz, una enorme figura resplandeciente, como un sol en mitad de la noche.

XCI

Era aquella figura casi humana, de inefable belleza y de expresión terrible, angélica y hercúlea, con la suave sonrisa de un niño y la mirada imperiosa de un guerrero.

De sus hombros pendía un manto con los siete colores del iris; calzaba botas de hierro; llevaba a la cintura cinturón de diamante; de su cuello colgaba, sobre el pecho, un sol de oro con rayos de esmeraldas. En su diestra empuñaba relampagueante espada, y en su izquierda sostenía un joven cóndor, que agitaba las alas para lanzarse al espacio, en el ímpetu gozoso del primer vuelo. Fulgía en su frente una diadema de estrellas. Un dorado jaguar estaba echado a sus pies y le lamía las rodillas.

XCII

Así vi la figura de Aster. (1) Todo el espacio en torno estaba lleno de una sutil neblina que Aster iluminaba con su resplandor. Aster miraba en torno y la sutil neblina se animaba; círculos y figuras de vivientes colores aparecían, y mil formas plasmábanse en la luz y se diluían, de hombres, de animales, de plantas, de edificios, de paisajes, de escenas, de multitudes.

Una música angélica y poderosa, como si los vientos soplaran a través de los tubos de un órgano sideral, pasaba en ráfagas tempestuosas o en blanda brisa, agitando aquel mundo ligero y cambiante, como el mundo del sueño.

Allí donde miraban los ojos de Aster, se formaban y movían las figuras y las escenas; y de allí donde Aster apartaba sus ojos, las formas palidecían y se diluían las escenas. Aquel mundo vivía de los ojos de Aster.

XCIII

Mas, la Voz volvió a hablar. — Aster, dijo la Voz, has de encarnar. Has de bajar del mundo diáfano y dichoso, en que tu pensamiento crea sin dolor, al mundo de la materia densa y dolorosa, que plasmarás con tu pensamiento.

Mira a tus pies, allá abajo, a través de esa dorada niebla, aquello que no es tu pensamiento. ¿Ves esa tierra áspera y oscura, que emerge entre

(1) Véase la nota al fin de este libro.

los océanos, con sus bosques, sus ríos, sus montañas, sus pampas, sus punas, sus playas, con sus bestias de todas clases, con sus hombres pequeños y sufrientes, — larvas de dioses?...

¿Ves allá abajo, esa tierra que habitan hombres de todas las razas, y en cuyos puertos entran barcos de todas partes del mundo, trayendo hombres de todos los pueblos para poblarla?

Esa es, Aster, tu tierra. Ese es, Aster, el pueblo en que vas a encarnar.

XCIV

Aster fijó sus ojos acá abajo, y miró al Continente. Su rostro radiante se ensombreció como si un velo nocturno le cubriera; la sonrisa inefable de sus labios se trocó en pliegue de amargura; y de sus ojos salieron relámpagos tempestuosos.

Con voz de angustia gritó: ¡Por qué — ¡oh Padre! — me arrancas de este mundo ligero y luminoso, y me condenas a moverme en aquel mundo espeso y oscuro? ¡Por qué — ¡oh Padre! — debo abismarme en carne dolorosa?...

XCV

Dijo la Voz: Enigmas son de Dios y claves del Universo. El Pensamiento debe convertirse en Acción. La Voluntad debe animar a la Materia. Tú debes renacer allá abajo. Has de plasmar en la materia densa, las formas puras de tu pensamiento. Has de ordenar las cosas de allá abajo según el orden de tu Mente. Has de hacer de la

tierra que te doy por morada y por taller, la imagen de ti mismo. Tú debes realizarte. Así, en la eterna circulación de la vida divina, lo que está arriba debe descender a lo de abajo, lo que está abajo debe venir arriba.

XCVI

Aster gritó: Cúmplase en mí la Ley. Tu voluntad es la mía. Y Aster cerró sus ojos; y el dolor de la carne en que iba a entrar, daba ya al frío rostro sublime una tristeza humana.

La niebla dorada que le envolvía llenando el gran espacio, tornóse de un violeta sombrío; y graves llantos de órganos siderales rodaron por la profundidad de aquel crepúsculo.

Pero de las profundidades de la tierra, de los tumultuosos abismos de abajo, infinitos y arcanos como los abismos de arriba, — de la noche ancestral y cálida de la tierra, se elevaba una vasta harmonía de voces innumerables, un cántico de esperanza nupcial y de gozo de amanecer.

XCVII

Cerró Aster sus ojos y toda imagen desapareció. Y cerrados sus ojos, pareció concentrarse en sí mismo. La niebla violeta que llenaba el espacio íbase concentrando en torno de él y era como absorbida por su cuerpo. Todos los atributos de su figura, la corona estelar, el cóndor aleteante, la espada fúlgida, las botas de hierro, el cinturón de diamante, el aéreo manto de iris, el

jaguar tendido a sus pies, todos fueron borrándose, como si él absorbiera en sí mismo toda forma e imagen.

Sus mismas formas se fundieron al fin en una vaga masa de luz; y semejante a un bólido en la noche, Aster comenzó a descender.

XCVIII

Era al principio como una enorme estrella, muchas veces más grande y más brillante que Sirio, y semejante a un bólido que cayera lentamente en la noche. Mas luego el bólido o la estrella se partió en tres, y los tres en nueve, y los nueve en multitud, y la multitud en multitudes, hasta llenar todo el espacio de una callada lluvia de pequeñas simientes luminosas.

Y después se borró toda visión, y entró todo en la sombra. Y abriendo mis dos ojos, vi otra vez el cielo de la noche que estaba sobre el mundo con su carga de orbes resplandecientes. Y otra vez, tendido sobre la pampa, en la callada soledad sentí latir el corazón.

Jornada Novena

XCIX

¡Raymi! ¡Raymi! ¡Raymi! Ahora, Aster ha encarnado en nosotros. Ahora nosotros somos Aster.

Cada simiente luminosa es una parte de Aster; mas, Aster está íntegro, íntegro, sí, y con todos sus atributos, en cada una de esas miriadas de simientes.

Así como en cada una de las semillas que caen del árbol en Otoño, está, virtualmente, todo el árbol, pues que de ella puede desarrollarse tal y como es el árbol que la produjo, en cada germen luminoso de Aster está todo Aster, pues él puede brotar, íntegro y pleno, de cada uno de sus gérmenes.

Y cada germen de Aster es una mente.

C

Aster es así, ahora, una potencia interior, una virtud dinámica, un arquetipo ideal que está en nosotros. De nosotros surgirá y se realizará en las cosas.

Nosotros lucharemos en el mundo de la materia densa y dolorosa, hasta darle la forma de nuestro pensamiento. Con nuestras propias manos como en la arcilla escultural, nos moldearemos a nosotros mismos, hasta que en cada uno de nosotros Aster, íntegro, se manifieste.

Con nuestras propias manos trabajaremos nuestra civilización, hasta que el duro granito se haga sensitivo y el barro oscuro luminoso.

Aster es un devenir. No existe fuera de nosotros sino en nosotros. Aster es nuestro fin y nuestro camino. Nosotros mismos somos nuestro camino y nuestro fin.

CI

Nosotros sabemos, sabemos, sí, que el Universo, el maravilloso e inabarcable Universo, no es más que un vasto sistema de pensamientos. Nosotros sabemos que este mundo, y los otros mundos, las estrellas y las hormigas, las plantas y los hombres, los elementos y los espíritus, las piedras y los corazones, no son sino pensamientos.

Pensamientos manifestados, pensamientos en acción, pensamientos moviéndose en la materia hacia su fin, son todas las cosas visibles e invisibles del Universo. Y la Materia misma, la enorme, la oscura, la eterna Materia, no es más que pensamiento, el más oscuro y enorme de los pensamientos.

CII

Nosotros sabemos, sabemos, sí, que toda la múltiple y misteriosa evolución del Universo, no es más que una realización de pensamiento. Sabemos, sí, que todas las cosas y los seres que conocemos, no son más que los frutos visibles e imperfectos del esfuerzo de un pensamiento que tiende a su realización. Sabemos, sí, que nosotros, los hombres, no somos sino el tránsito continuo de las formas que moldea el pensamiento.

Y sabemos, sabemos, sí, que el devenir oculto de nuestra América, no es sino el desarrollo de un pensamiento, no es sino la ardua y heroica realización de Aster.

CIII

¿Qué pueblo es este, formado con tributos de todos los pueblos? ¿Qué raza es ésta, formada con resaca de todas las razas? ¿Qué civilización es ésta, formada con retazos de todas las civilizaciones? Así pregunta el Mundo a Sudamérica.

Nosotros respondemos: Dentro de nosotros está el Espíritu. Hijos de todas las razas, fragmentos desprendidos de todos los pueblos, nosotros, los américos, somos unos e idénticos por Aster, somos los hijos de la Mente.

No es la misma la sangre que corre por nuestras arterias, pero es el mismo el espíritu que corre por nuestros pensamientos. ¡Qué importa, en fin, la sangre y el color y la herencia si Aster está en nosotros?

No somos hermanos por la sangre, ni por la tradición, ni por la herencia, somos hermanos por la Mente. Aster, se llama nuestra unidad.

CIV

No nos vengáis a hablar de herencias ni de tradiciones ni de parentescos. Nosotros no queremos saber de tradiciones, de parentescos ni de herencias. Nosotros mismos vamos a imponernos nuestras tradiciones, nosotros mismos vamos a juzgar acerca de nuestras herencias, nosotros mismos vamos a establecer nuestros parentescos. No somos herederos de dinastía ninguna, así sea la más brillante de la historia: somos los fundadores de una dinastía nueva. Nuestro reino empieza con nosotros.

CV

Nosotros, los américos, los libres, los creadores, los mentales, los autógenos, no aceptamos herencias ni tradiciones ni obliganzas ni hipotecas de clase alguna, por razones fatales o por causas mecánicas, ajenas a nuestro albedrío. Nosotros queremos desligarnos de todo pasado, queremos emanciparnos de toda fatalidad.

¿Y cómo habríamos de permanecer ligados los que tenemos que andar por caminos propios? ¿Y cómo habríamos de fundarnos en herencias los que tenemos que gestar una civilización? ¿Y cómo habríamos de aceptar compromisos los que tenemos el deber primordial de formarnos a nosotros mismos?

CVI

Nosotros, los que nacemos en esta América, sólo tenemos una tradición: América; sólo tenemos un parentesco: América; sólo tenemos un compromiso: América.

Cualquiera sea la raza y el pueblo de nuestros padres, decimos a todas las razas y los pueblos: No tenemos más amigos ni enemigos que los amigos y los enemigos de nuestra América. Sois nuestros amigos o nuestros enemigos en la medida que sirváis a nuestra América.

CVII

Una cosa sabemos, la más preciosa, la más terrible, que nos esponja el corazón de gozo y de ansiedad a un tiempo. Nosotros, los américos, queremos señalar en la historia del humano desenvolvimiento, el punto en que el hombre se emancipa del ciego determinismo de las cosas y de los hechos, y va a determinarse a sí mismo, por su propia conciencia, superior a los hechos y a las cosas. Queremos señalar el punto en que el hombre pone su mente y su voluntad sobre la oscura mecánica de la materia, y sobre la ancestral fatalidad de la historia; el punto en que el hombre deja de ser un efecto ciego de las combinaciones de la materia y de los hechos de la historia, y va a ser él, él mismo, su más alto e imperioso determinante.

Porque la Naturaleza es arcana y divina, pero más arcano y divino es el Hombre.

CVIII

Porque el Hombre quiere desprenderse de la oscura fatalidad de las fuerzas, quiere sobreponerse y dominar la monstruosa mecánica de la Historia; quiere imponer a los hechos y a las cosas, las normas superiores de su Conciencia.

Toda la evolución de la Humanidad no es más que el esfuerzo hacia este fin. Toda la Historia, con sus luchas, sus grandezas y sus errores, camina hacia este fin, camina hacia nosotros.

Nosotros venimos a explicar y justificar la Historia. Todo lo hecho, todo lo sucedido, el Bien y el Mal, ha de ser justificado. Nosotros estamos aquí para justificarlo.

CIX

Vengan, pues, esos eruditos doctores; vengan, pues, esos sabios materialistas, a ponernos sus libros ante los ojos, a tirarnos a la cabeza con sus fórmulas y sus textos.

Nosotros estamos antes que vuestra ciencia, — ¡oh, eruditos Doctores! — por encima de vuestras fórmulas, ¡oh, sabios materialistas! Nosotros somos fórmulas vivas en desarrollo; somos textos inéditos y originales en acción.

Somos el hecho, la prueba del hecho, y la razón del hecho! Vosotros no podéis hacer otra cosa que venir detrás de nosotros y estudiarnos, reducirnos a fórmulas y a leyes. Estáis ante hechos nuevos, estimados Doctores, escribid nuevos libros.

CX

Nosotros vamos por el camino de nuestro pensamiento, y es en vano que nos tiréis del saco para mostrarnos las citas de los libros.

¿Qué importa la Historia? Nosotros hacemos la Historia. ¿Qué importa la Ciencia? Nosotros somos el hecho en que se funda la Ciencia.

Si nosotros contrariamos vuestras teorías y vuestras leyes, — ¡oh, eruditos Doctores materialistas! — cambiad vuestras leyes y vuestras teorías: no son aplicables a nosotros.

CXI

Y si nos preguntáis cómo se demuestra esto que aquí se dice, respondemos: esto no se demuestra. Esto no puede ni debe ser demostrado. Esto se siente o no se siente, es más profundo que toda demostración.

Ciertas verdades están más allá de toda demostración con palabra. Esto que aquí se dice es una evidencia para quien lo siente, es una realidad para quien lo lleva en sí. No hay otra prueba.

A quien no sienta en sí esta evidencia no puede demostrársele con palabras. Quien la sienta, no necesita pruebas ni las pide. Pero sabed que únicamente los que sienten en sí esta fe, son los que nos importan, porque esos son los nuestros.

CXII

Sentir o no sentir esta evidencia, es la prueba de ser o de no ser américo. Y en verdad, que

sería más américo aquel que en sí sintiera la fe de este Destino, aunque hubiera nacido fuera del Continente, que aquel que no la sienta, aunque le hayan parido en la pampa. Si un inglés viene y nos dice: CREO EN ESTE DESTINO QUE AFIRMÁIS, — ese es ya un américo en su corazón; más, si un hijo de América nos dijera: NO CREO, ese sería para nosotros el inglés. Más vale para nosotros el creer que el nacer, porque el espíritu es lo que importa, no el cuerpo.

Jornada Décima

CXIII

¡Raymi! ¡Raymi! ¡Raymi! En la Tierra, un pueblo va a nacer; también va a nacer un pueblo en el Cielo. En la Tierra va a levantarse el pueblo de los hombres, en el Cielo va a levantarse el pueblo de los númenes. Aquí los cuerpos, allá las almas; aquí las acciones, allá los pensamientos; aquí las cosas densas, allá las imágenes sutiles.

Cielo y Tierra están unidos, son las dos fases de una misma existencia, son el haz y el envés de una hoja, el revés y el derecho de un tejido, suave y nítido el uno, áspero y confuso el otro.

El Cielo es la vida ideal, la Tierra es la vida real. Ambas vidas integran la Vida. Cielo y Tierra se juntan en el Hombre.

CXIV

El cielo de esta tierra, es esta misma tierra, en sus raíces espirituales, en su más imperiosa aspiración y en su supremo devenir.

La tierra de este cielo, es este mismo cielo, en

su oscura encarnación material, y en el esfuerzo doloroso de su realización.

El Cielo es luminoso y la Tierra sombría. Los Númenes son perfectos y los hombres claudicantes. Los Pensamientos son absolutos y las Acciones relativas. Las cosas son de lodo y las Imágenes son de llama.

No hay cielo sin tierra, no hay tierra sin cielo. La vida ideal es el paradigma de la vida real. La tierra es una imagen borrosa del cielo.

CXV

Un Mundo nuevo ha menester de nuevos Mitos. Para una Tierra nueva un nuevo Cielo. Hombres y Mitos, Tierra y Cielo, van a ser engendrados.

¿Quién va a engendrar los Mitos?; ¿quién va a engendrar el Cielo?

La Mente va a engendrar. La Mente, que creó todos los cielos y las tierras; la Mente, que está en el Hombre, y creó todos los mitos de la Atlántida, de la India, del Egipto, de la Grecia, de la Europa; la Mente que está en el Hombre, y creó todas las Cosmogonías y los Zodíacos, los Sistemas, las Doctrinas y las Leyendas. La Mente que está en el Hombre, y creó todas las Figuras y las Acciones que llenan la Historia; la Mente que está en nosotros y arde con genesíacos fuegos, en esta nueva Primavera del Espíritu, en este amanecer sagrado de nuestro Continente.

CXVI

En rededor del pueblo de los Númenes, ha de El Mito ha de ser el principio y fundamento de nuestra gran Conciencia continental. No hay para nosotros otro principio; no puede haber para nosotros otro fundamento. Sudamérica será así, en el futuro, un árbol cuya raíz espiritual esté en el Mito, y cuyas ramas, múltiples y frondosas, se extiendan por todos los lugares del Continente. (*)

El Mito hará nuestra unidad, el Mito hará de nosotros un pueblo. Ya lo hemos declarado: nuestra estirpe común no está en la sangre, ni en el rostro, ni en la herencia, ni en la tradición: está en la Mente.

CXVII

Poderosos son los vínculos materiales, y consistente la trama de los intereses; pero más consistente es la trama de las idealidades, más permanentes son los vínculos espirituales.

Los materiales intereses son precarios, contingentes y transitorios; mas, los espirituales son imperecederos y permanentes. La solidaridad de los intereses puede crear Estados económicos, ciudadanías políticas, pero no puede crear Entidades morales ni ciudadanías de almas.

Sólo la comunidad de los valores ideales puede crear entidades históricas; sólo la colectividad moral de los espíritus puede crear ciudadanías superiores.

CXVIII

En nosotros está, oculta y silenciosa, la fuente original de todas las maravillas. En nosotros está, ígnea y primordial, la facultad creadora de todos los Encantos. En nosotros está, latente y virginal, el poder que consagra todos los Valores. En nuestra mano está la llave que abre las puertas del tesoro.

Ahora, abrimos los pechos para que la fuente corra y fecundice; ahora, despertamos esa facultad para que anime en rededor las cosas; ahora, ejercemos ese poder para que sean consagrados nuestros Númenes.

Lo que otros hicieron nosotros podemos hacerlo; y aún más. Lo que otros sintieron y supieron, nosotros podemos sentirlo y saberlo; y aún más. Lo que otros consagraron e impusieron, nosotros podemos consagrarlo e imponerlo; y aún más.

CXIX

La Naturaleza es oscura mientras la Mente no la ilumina. La Historia es una fría cronología de hechos mientras el Espíritu no la inflama. Las significaciones profundas, los altos simbolismos, los sentidos ideales, todos los valores trascendentes que asumen los lugares, los seres, las acciones, los nombres, son iluminaciones de la Mente, son proyecciones del Espíritu.

Porque, en verdad, nada es hermoso en la Naturaleza sino el Hombre: la belleza está en el ojo

que mira; porque, en verdad, nada es grande en la Historia sino el Hombre: la grandeza está en la mente que juzga. Todo es vulgar para el hombre vulgar; para el hombre extraordinario, todo es extraordinario.

CXX

Los hombres vacíos de espíritu, sólo ven la grandeza y la belleza en las cosas donde otros pusieron la marca: esto es grande, esto es bello. Mas los hombres llenos de espíritu, ven por sí mismos estas cosas, y las consagran para los otros poniendo sobre ellas su marca: esto es bello, esto es grande.

Así, nosotros vamos a ver con nuestros ojos las cosas nuestras y a consagrarlas para la Historia, poniendo sobre ellas la marca de nuestro espíritu, si es verdad que el espíritu está en nosotros.

Aster es el creador de símbolos y de mitos. La mirada de Aster despierta la vida ideal en las cosas que mira.

CXXI

Ved, ved cómo se anima, se levanta y resplandece todo a nuestro alrededor. Ved aquella montaña, aquel río, aquel lago, aquel árbol, aquel pájaro, aquella nube, aquella estrella, como se tornan cosas y lugares sagrados, cuya visión exalta el ánima, cuya presencia o cuya evocación despierta una emoción profunda.

Ved aquella figura de navegante, aquella de conquistador, aquella de candillo; ved ese nombre de ciudad o de batalla, ved esa ruina arcana, ved esa montonera bravía, ved esa multitud de inmigrantes, ved ese primitivo payador, ved esa escena de trabajo o de lucha, como se tornan nombres y figuras y acciones extraordinarias, como tienen para nosotros expresiones recónditas y sentidos ideales.

Es que el gran Encantador que está en nosotros lo ha consagrado todo tocándolo con su dedo. Aster es el gran Encantador.

CXXII

Mirad, mirad en toda la extensión del Continente, sus ríos como mares, sus cordilleras enormes, sus pampas solitarias, sus selvas paradiciales, sus lagos misteriosos, sus pastorales colinas, sus floras magnificentes, sus faunas singulares.

Mirad, mirad en toda la extensión de su Historia, sus ignotos orígenes, sus imperios indianos, sus ciudades extintas, sus ruinas colosales, su viaje de las Carabelas, sus mágicos Eldorados, su epopeya de la Conquista, su gesta de la Emancipación, su caudillismo gaucho, sus largas inmigraciones laboriosas.

Mirad, mirad todo eso, confuso, opaco, oscuro, vulgar hasta ayer, va a entrar ahora en el cielo inmortal, va a iluminarse de una luz interior y a tornarse candente, va a desentrañar de sí aspectos inesperados, va a adquirir valores espirituales, va a hablar la lengua del símbolo y de la parábola. Todo eso va a convertirse en Mito.

Jornada Undécima

CXXIII

Naciones y Ciudades del Mundo: henos aquí. Somos la América del Sur: venimos a cumplir nuestra misión en la Historia.

No venimos a instalarnos en vuestras tierras. Nosotros habitamos las más vastas y ricas de todas las tierras y las ofrecemos a todos los hombres que quieran venir con nosotros.

No venimos a conquistar vuestros hogares. Levantamos los nuestros con nuestras energías y acogemos aquí, como en un gran hogar, a todos los parias y a todos los caminantes del Mundo.

CXXIV

No venimos a derribar vuestros dioses, ni a negar vuestras doctrinas; no rechazamos de nosotros los símbolos y los mitos que otros crearon.

Nosotros creamos nuestros mitos y los alzamos sobre el Continente como las cumbres propias a que aspiramos. Nosotros consagramos nuestros Númenes y los alzamos entre los Númenes de todos los pueblos, como representantes ideales de nuestra Soberanía. Esto es.

CXXV

Naciones y Ciudades del Mundo, abridnos paso. Somos la América del Sur: venimos a cumplir nuestra misión en la Historia.

No venimos solos. Vienen con nosotros nuestros Númenes, nuestros Héroes, nuestras Leyendas, nuestras Epopeyas y nuestras Voluntades.

Venimos a ocupar nuestro lugar en la Historia y con nosotros vienen nuestras montañas, nuestros ríos, nuestras selvas, nuestras pampas, nuestros volcanes, nuestras bestias, nuestros vientos y nuestras constelaciones.

Venimos a ocupar nuestro lugar en la Historia y con nosotros vienen nuevos nombres, nuevos lugares, nuevas figuras, nuevas acciones, nuevas formas, nuevas idealidades.

CXXVI

Henos aquí. Venimos a la Historia y con nosotros vienen las tierras y las aguas, las faunas y las floras de nuestro Continente.

Vienen con nosotros el Aconcagua, el Amazonas, la Pampa, el Potosí, el Atlántico, el Cotopaxi, el Tequendama, el Plata, la gran Meseta andina, el Popokatepetl, los Yungas y el Pororoca. Vienen con nosotros, con todas las plantas y las bestias que las habitan, cóndores y caimanes, jaguares y ketzales, uras y llamas, ombúes y cocoteros, quebrachos y totoras, araucarias y seibos, achiras y camalotes.

Vienen con nosotros los lugares de nuestra

acción, el escenario de nuestro drama inmortal, las cosas de la tierra que nos sustenta, los elementos y las formas de nuestra naturaleza, la más múltiple, henchida y espléndida de las naturalezas.

CXXVII

Y vienen con nosotros las cosas que están ligadas a nuestra naturaleza, las cosas que el hombre americano engendró en primitiva alianza con la tierra, y con los elementos de la tierra, sus estancias, sus ranchos, sus gauchos, sus yerbales, sus llaneros, sus bohíos, sus payadas, sus domas, sus tropas, sus estilos, sus yaravíes, sus danzas, sus cholos, sus siestas, sus chacras, sus gringos, sus taitas, sus pueblos, sus quintas, sus suburbios y sus casonas.

Vienen, sí, con nosotros las cosas de nuestra naturaleza. Nosotros consagramos estas cosas con nuestra presencia, las identificamos con nuestra propia vida: ellas forman parte de nosotros.

CXXVIII

Nosotros celebramos estas cosas en nuestros cantos y las reproducimos en las formas de nuestro arte. Nosotros haremos de ellas expresiones ideales y símbolos de las cosas internas. Nosotros proyectaremos sobre ellas el fuego y la luz que está en nosotros, para que se iluminen y alumbren sobre nosotros y sobre los otros Continentes.

Nosotros haremos de ellas vasos preciosos, lle-

nos de nuestro espíritu, para que beban en ellos nuestros hijos y los hijos de los otros.

Porque estas cosas constituyen nuestra morada, y esta morada ha de ser digna de nosotros. Así nosotros consagramos nuestra morada.

CXXIX

Henos aquí. Surgimos a la Historia y con nosotros surge la misteriosa antigüedad del Continente. En sus piedras cien veces seculares, en sus yacentes ruinas solitarias, arrojando de sí la mortaja de ceniza y de olvido, se levantan las ciudades precolombinas, los Imperios autóctonos, semejantes a turbadores fantasmas, en su esplendor de leyenda y en su rudeza de bronce.

Semejante a un cofre cerrado que guarda tesoros magnificentes, es la Antigüedad de bronce de esta América. Nosotros tenemos la llave que abrirá esos tesoros.

¡Tiahuanako, Palenke, Kuzco, Tenoktitlan! Vuestros nombres han de brillar, de hoy más, junto a los viejos nombres de la Leyenda, aureolados en bruma de misterio y de encanto, como las viejas Menphis, las Ecbatanas, las Babilonias y las Jerusalenes.

CXXX

Henos aquí. Venimos a la Historia; y con nosotros vienen las figuras magníficas de Navegantes y de Conquistadores; y las proezas y las leyendas de los descubrimientos y de las conquistas: toda

la magna génesis de este Mundo, forjado en la más grande fragua de energías heroicas que hayan visto los tiempos.

Los héroes que realizaron tales cosas no eran nacidos en la América. Ellos son hijos de los pueblos viejos, mas son nuestros porque América es hija del fuego de sus corazones; y su Hazaña es nuestra porque en nosotros llevamos el genio de esa Hazaña.

Por esos Padres, la energía heroica de las viejas razas vino a engendrar la América. Ellos son los puentes de fuego, los arcos flamígeros que unen la nueva América a las viejas Naciones. Y esos héroes son nuestros porque su sangre de heroísmo pasó a nosotros; y su Hazaña es nuestra porque nosotros llevamos dentro el espíritu de esa Hazaña.

CXXXI

Abrid paso a la poesía maravillosa de nuestro génesis, Naciones y Ciudades del Mundo. Más que la India, más que la Grecia, más que la Roma, más que el Medioevo, más que todos los pueblos y las épocas, nuestra América tuvo génesis de maravilla.

No hay leyenda en el mundo más llameante que esta leyenda; no hay Epopeya escrita ni vivida más heroica y magnífica que esta Epopeya.

Nosotros desentrañaremos sus bellezas más profundas, revelaremos sus significaciones más ocultas, plasmaremos su visión más espléndida.

Nosotros la consagraremos en el Arte y en el Mito, para nosotros y para la Humanidad.

CXXXII

Henos aquí. Venimos a la Historia; y con nosotros vienen los pátridas ilustres, y los grandes caudillos de nuestra Independencia. Vienen las multitudes ecuestres, en éxodos y en batallas; vienen las gauchas montoneras, tumultuosas y hurañas; vienen las esforzadas travesías de los Andes; vienen austeras figuras de capitanes; viene la figura centelleante del Gran Caudillo; vienen nuevos nombres de héroes y de batallas; vienen nuevas visiones de tragedia y de apoteosis.

CXXXIII

Y vienen con nosotros las plebes inmigrantes de todos los países, de rostros curtidos y anhelantes miradas, padres y mocetones robustos, madres amamantando proles, envueltas en raídos mantos, amontonados y promiscuos en las proas de los transatlánticos. Vienen con nosotros las plebes irredentas de todas partes, la fecunda resaca arrojada por las mareas sociales a las playas del Nuevomundo, llegando a sus ciudades, esparciéndose por sus campos, arraigándose, redimiéndose, renovándose, en proles palingenésicas, en las que prende, como un sacro fuego, el Espíritu del Continente.

CXXXIV

Henos aquí. Venimos a la Historia; y con nosotros vienen nuestras Aspiraciones y nuestras Voluntades. Viene con nosotros nuestro Devenir, más querido y espléndido que todas las Leyendas y las Historias, más misterioso que todos los Imperios y las Ciudades precolombinas, más vasto y rico que la pampa argentina y la selva amazónica, más enorme que la cordillera de los Andes, más epopéyico que todos los Descubrimientos y las Conquistas, más heroico que todas las campañas de la Emancipación, más humano y fecundo que todo el renovarse de las inmigraciones.

¿Qué es esta América que existe, frente a la América que está dentro de nosotros?

CXXXV

Vienen, sí, con nosotros, nuestros sueños y nuestras voluntades; viene con nosotros la América del devenir. Y esto es lo más grande que traemos.

Esta América que está en nosotros, esta América que va a nacer, que está naciendo ya, es una fuerza arcana que se desata en nuestros corazones; es una corriente tumultuosa que circula por nuestras arterias y nos hace vibrar como antenas eléctricas; es un viento atlántico que silba entre nuestros cabellos y nos hincha como al velamen de las tres carabelas; es una oscura agitación interior de gérmenes que quieren brotar, es un divino y doloroso celo de engendrador, es una ansiedad

profunda que se mueve en nuestras entrañas, semejante a la maternidad de un Hijo Celeste.

CXXXVI

Nuestro corazón está henchido, sí, como por la preñez de un prodigio que casi teme estallar, y que debe estallar, no obstante.... Relámpagos enceguecedores cruzan por nuestras noches; lejanos truenos retumban en la profundidad de nuestros sueños. Extrañas visiones nos extasían bajo la frente pálida; ímpetus formidables nos arrancan hacia el Futuro.

Y semejantes a los jaguares encelados, que en el fondo de la selva amazónica y en las sendas lunares rugen tras la pisada de la hembra, nuestra voz es un rugido de amor y de potencia, que se eleva en la selva nocturna de nuestros sueños, dulce y terrible, tras el paso fugitivo de la Posteridad. Porque la Hembra cuyo paso seguimos en la selva nocturna, se llama Posteridad.

Jornada Duodécima

CXXXVII

No es, no, graves Naciones que nos miráis, un vano prurito lo que nos mueve. Grandes cosas nos mueven, ¡oh, Naciones! El camino que vamos a seguir no es, ciertamente, el de la vanidad. No es tampoco — tenedlo por seguro — un camino sembrado de rosas.

Nuestro Fin está por encima de toda vanidad; y aún quizás por encima de todo éxito. Nosotros cumplimos un Deber; nosotros llenamos una Misión. El Destino está en las manos de Dios pero el Esfuerzo es nuestro. Nuestra Hembra se llama Posteridad.

CXXXVIII

¡Oh, Iberia materna, que con tanto dolor y mengua nos pariste! — ¡oh, Italia, nodriza de ubérrimas ubres! — ¡oh, Francia, sabia y encantadora amiga de nuestra adolescencia! — ¡oh, Britania, oh, Germania, oh, Manathán!, graves parientes, que sostuvisteis con vuestro señorío nuestra desvalida infancia, sabed: Sabed que al desligarnos

de todo lazo, nosotros cumplimos un deber tan imperioso como nuestra propia vida. Sabed que al tomar por nuestro camino respondemos a un llamamiento que está más allá de nuestras vidas. Sabed que al asumir esta actitud ante la Historia, nosotros, los américos, tenemos la conciencia de nuestro Destino.

CXXXIX

—¿Es que queréis, acaso, ser un pueblo de místicos y soñadores? Así, dirá, taimada, la lengua de las viejas Naciones, llenas de ciencias y de mañas.

¿Soñadores? Y bien, sí, soñadores, en la noche estrellada, silenciosa y ardiente, en la noche de las claras visiones y de los altos pensamientos, en la noche dulce y vertiginosa donde se incuba la vida, en la noche de embriagueces astrales, matriz del día. Soñadores, sí, de los sueños donde están las raíces del Mundo semejante a un lago inmóvil de aguas negras, de cuyo fondo emergen los largos tallos del nenúfar.

CXL

Soñadores, sí, en la noche de los sueños profundos; mas, obreros en el día de la acción material y del esfuerzo corpóreo. Obreros, sí, en el día de la labor y de la lucha, obreros que sembramos en la tierra arada por el esfuerzo en hondos surcos, las simientes que trajimos del sueño, las simientes que provienen del seno de la noche.

Porque así como el Día recibe su simiente de la Noche, la Realidad hunde sus raíces en el Sueño.

CXLI

Así nosotros queremos llamarnos realizadores. Porque el sueño es fácil y la acción es difícil; porque el sueño es dulce y la acción es amarga; porque el sueño embriaga y la acción atormenta; porque el sueño es regazo de querida y la acción duro lomo de potro bellaco.

Pero en verdad, así como la Acción es vana si no tiene raíces en el Sueño, vano es el Sueño si no emerge a la Acción.

CXLII

Sí, nosotros queremos llamarnos realizadores. Pues nosotros no somos aquéllos que se entregan al sueño por huir de la realidad. No somos aquellos que, cerrando los ojos a la penumbra de la realidad, buscan las puras claridades del sueño. No somos aquellos que desprecian la ruda materialidad y quieren apartarse de la tierra. No somos aquellos que, tapándonos las narices exclaman: *la realidad huele mal, apartémonos de ella.* No somos aquellos que no quieren ensuciar sus manos en el barro fecundo de la tierra. No somos aquellos que quieren permanecer inmaculados.

CXLIII

¿Y cómo han de querer apartarse de la realidad los realizadores? ¿Cómo han de despreciar a la materia los que quieren infundir su espíritu en la materia? ¿Cómo ha de abandonar su tierra el labrador? ¿Cómo ha de desdeñar su arcilla el alfarero? Porque nosotros somos semejantes a los labradores y a los alfareros: queremos hacer producir a la tierra su dorada cosecha; queremos modelar con nuestras manos vasos hermosos.

CXLIV

Nosotros no queremos conservarnos puros, como las vírgenes, a trueque de la fecundidad. Nosotros no tememos hundir nuestras manos en la materia, en meter nuestros brazos hasta el codo.

Como el minero se hunde en la galería húmeda y negra, con su lámpara en mano, en busca del filón que será riqueza, así nosotros nos hundimos en las oscuras entrañas de la realidad, llevando nuestras lámparas encendidas.

Y como el domador que, firme en el lomo de su bagual, enardece su coraje viril con el áspero aliento del animal, y le place el olor del cuerpo sudoroso y resistente, así a nosotros nos exalta el aliento cálido de esta materia que domamos, y nos place el sudor de nuestros pechos y de nuestras axilas.

CXLV

Sí; porque aquello que está en nosotros quiere ser realizado, nosotros amamos la tierra. Porque aquello que está en nosotros quiere ser realizado, nosotros amamos la materia.

Porque, ¿dónde sino en la tierra habría de realizarse aquello que está en nosotros?; ¿dónde habría de plasmarse aquello que está en nosotros sino en la materia?

CXLVI

Sí, nosotros amamos la tierra con un viril amor de esposos, porque es mujer la tierra. Somos engendradores y amamos a la tierra; la tierra, de inmenso regazo y de inagotable maternidad; la tierra, morena y cálida, de capitoso olor de fiera, de aliento de azahar, con sus senos henchidos de leche; la tierra, de palpitantes caderas, de muslos lujuriosos, de garganta de tórtola, de cabellos selváticos, de vientre semejante a la luna; la tierra, de ojos verdes y espantosos, de dientes de leopardo, de brazos serpentinos, de lengua que destila licores.

Nosotros queremos generación; nosotros queremos generación: así amamos la tierra.

CXLVII

Amigos: nadie ama tanto a la tierra como el hombre que ha conseguido elevarse. Nadie ama

tanto a la tierra como los dioses. Así nosotros habremos de amar la tierra: con amor de dioses, con un divino anhelo de realización. Así habremos de amar la dolorosa tierra, y los dolorosos fuegos de la tierra, y la materia dolorosa de que están hechas todas las cosas de la tierra.

Así digamos: No nuestros apetitos, no nuestros sensualismos, no nuestras vanidades aman la tierra: el dios que está en nosotros es quien ama la tierra. El dios que está en nosotros es quien ama la tierra; quiere realización.

CXLVIII

Así, lo que queremos para nuestros hijos, lo que queremos para las generaciones de nuestra América, son ojos que no se aparten con miedo de la realidad, para refugiarse en las bellas mentiras literarias, sino que se abran impávidos y dominadores, sobre el dolor y sobre la fealdad de los hechos.

Lo que queremos para nuestros hijos, lo que queremos para las generaciones de nuestra América, son corazones en quienes el amor no sea una debilidad sino una fuerza, firmes y heroicos como fortalezas contra la falsa piedad y el brutal egoísmo; corazones duros por fuera, blandos por dentro, como frutos que no horadan las larvas.

Lo que queremos para nuestros hijos, lo que queremos para las generaciones de nuestra América, son piernas firmes y ágiles para andar por

los ásperos caminos del mundo, brazos resistentes y púgiles para domar la materia hostil.

CLXIX

No una ociosa academia de disertadores, no una cátedra donde se engullan textos de jurisprudencia, no una corte de amor con sus juegos florales: Un rudo ejército de labradores y de taladores de selvas, un rudo ejército de domadores de potros y de escaladores de montañas, un rudo ejército de mineros que bajen a buscar el oro y el hierro en el subsuelo de la realidad, un rudo ejército de navegantes y de conquistadores endurecidos en la austeridad de una gran Disciplina.

Esto es lo que queremos para nuestros hijos; esto es lo que queremos para las generaciones de nuestra América.

CL

Aquí termina el libro llamado Huanakauri, compuesto de doce jornadas y ciento cincuenta y tres estancias; escrito en Montevideo, el año mil novecientos diez y siete de la Era Vulgar y cuatrocientos veinticinco del descubrimiento de América, por un ciudadano de estos países.

A la nueva generación del Continente, en todas las repúblicas extendidas desde el Atlántico al Pacífico, desde el Golfo de México hasta la Patagonia, se entrega aquí la guarda y el cumplimiento de esta Palabra.

FIN

NOTA. — Relativa a la estancia XCII.

El nombre *Aster*, que designa aquí este Mito, Sueño o Visión, significa dotado de luz propia e interna, que brilla por sí y alumbra a su alrededor. Se refiere a aquella cualidad de la Mente o del Espíritu, que anima e ilumina el mundo material, comunicándole sus vibraciones y sus sentidos; esto es, lo que constituye el carácter mismo de la visión que aquí se nombra. *Aster* no es, en verdad, el nombre preciso de esta Figura, mas su nombre preciso — que debe significar "El que engendra con la Mente" o "la Mente Creadora", la "Mente Causa", la Mente-Principio" — sería poco eufónico a nuestros oídos; por lo que, *Aster*, aproximándose bastante al sentido verdadero, es usado en este escrito.— *N. del A.*